

derado de su persona. En fin, cuando la falta es verdaderamente seria, un consejo de guerra marítimo juzga al culpable, y pronuncia sin apelacion la sentencia de muerte, que se ejecuta con término de tres horas. Todos los presos son llevados al cadalso, formados en dos filas, y arrodillados, con su cachucha en la mano. A la cabeza de cada fila está un cañon cargado con metralla, pronto á hacer fuego á la menor señal de rebelion.

De este modo, la fuerza bruta es la única ley del presidio. No os admireis, si los presidiarios gastan su actividad intelectual en encontrar los medios de evadirse; lo logran algunas veces, á pesar de toda la vijilancia de que son objeto dia y noche. Se nos refirió que lo conseguirian más seguido si no se vendiesen los unos á los otros. Como si no hubiese bastante corrupcion entre aquellos seres degradados, se alientan á la fuga si no se establece entre ellos una especie de policia secreta ó más bien de espionaje, de que ellos son los agentes. Poco tiempo ántes de nuestra llegada, dos ancianos septuagenarios habian llegado á permanecer ocultos durante quince dias en un rincon del arsenal, esperando en medio de toda clase de privaciones que una noche bastante oscura les permitiese intentar una evasion. Vino esa noche: durante las más espesas tinieblas avanzan, marchan en cuatro piés hasta la puerta de salida; el centinela los toma por perros y los deja pasar; se dejan resbalar por una especie de locutorio, y rompen los marcos de una ventana: el vidrio que cayó llamó la atencion. Uno de los dos es detenido, el otro habia ganado ya terreno. Desde por la mañana se izó la bandera azul: esta es la señal de la evasion de un preso. Los habitantes de los campos la conocen y se ponen en guardia. La jendarmeria se pone á investigar en todas direcciones; raras veces el desgraciado lle-

ga á gozar largo tiempo de su libertad. Se le da premio á aquel que lleve al fujitivo: es de 25 francos cuando se encuentra al fujitivo en el interior del arsenal; de 50, en el recinto de Tolon; de 100, fuera de la ciudad. El mismo dia de nuestra llegada los paisanos de las cercanías llevaban al anciano escapado hacia cuarenta y ocho horas. Cada tentativa de evasion es seguida de aumento de pena. «Hace seis meses, nos dijo la persona que nos servia de guía, que nos llegó un condenado á cinco años. Ha maniobrado tan bien, que ya está hoy por trece.»

Estábamos examinando en pormenor el infierno de la justicia humana, cuando se dejó oír un gran ruido de cadenas. Eran los presos que volvian del trabajo. ¡Repugnante espectáculo! jamas lo olvidaré en mi vida. Desfilaban delante de nosotros, unidos de dos en dos, muchos millares de desgraciados cargados de cadenas. Jóvenes con pasos firmes y la cabeza erguida; viejos de cabeza blanca, de andar vacilante; la mayor parte tienen en el rostro dos rasgos en que se parecen: el cinismo y la astucia. Su vestido tiene no sé qué de siniestro é innoble. Un alto gorro de lana, roja para los condenados por tiempo; verde para los condenados perpétuamente; una ancha levita ó casaca, ropa que les cae más abajo de la cintura, con mangas verdes para los reincidentes, rojas para los demas; en fin, un ancho pantalon de gruesa tela gris, debajo del cual pasa una cadena de cerca de quince ó veinte libras fajada al rededor de la cintura, y que viene á fijarse á un anillo que abraza el pié encima del tobillo. Tal es el ignominioso traje del presidio.

Seguimos á los presidiarios hasta la entrada de las vastas piezas que les sirven al mismo tiempo de dormitorio y de comedor. Cuando se tendieron sobre su duro lecho, un guarda-chusmas pasó la barra

de fierro por los anillos de su cadena y se hizo imposible todo movimiento con los piés. Despues, como si esto no fuera bastante precaucion y rigor, se puso en la puerta de cada sala un cañon cargado con metralla con la boca vuelta hácia el interior del presidio. Así es como en el siglo diez y nueve crea la sociedad velar por su propia seguridad.

Léjos de nosotros el pensamiento de tomar aquí el fácil papel de acusador; pero en presencia del horrible espectáculo no puede uno ménos que preguntarse si la sociedad actual cumple dignamente la importante mision que Dios le impone para el sostenimiento del órden moral. Detener el mal en el pensamiento mismo que lo enjendra, intimidar al malvado y rehabilitar al culpable: tales son sus imprescriptibles deberes. Que la sociedad se examine sobre estos tres principales puntos, y que vea si no tiene algun reproche que dirigirse.

¿Ha empleado todos los medios que están á su alcance para prevenir el crimen que conduce al presidio? ¿No ha estimulado jamas ó tolerado las doctrinas inmorales, que tarde ó temprano hacen del hombre un malvado? ¿Con su ejemplo no ha enseñado nunca el desprecio de la ley divina, base de todas las leyes, freno de todas las inclinaciones y regla de todas las acciones?

¿Qué hace para intimidar al malvado, para detener la mano que prepara el veneno, que aguza el puñal ó que enciende en la sombra la antorcha incendiaria? Sin duda, ella le muestra en perspectiva el deshonor, el presidio, el cadalso. Pero no le muestra el implacable recordimiento, que desgarrá su corazon, que emponzoña sus placeres del dia, turbando el sueño de sus noches; ni el presidio eterno del infierno, en el cual ni la fuga, ni el error de los jueces mortales, ni su debilidad podria

sustraer al culpable. Así, dejando á los hombres repetir, y todos los dias en todos los tonos, y por numerosos órganos, que Dios no es mas que una palabra y el infierno una quimera, la sociedad ha hecho importante su sistema de intimidacion.

Una vez que se ha cometido el crimen, ¿qué hace para prevenir su repeticion, y rehabilitar al culpable? ¿Está convencida, cuando deja vivir al malhechor, de que el castigo que le impone, debe tener por objeto la expiacion de la falta y la enmienda del culpable, y de qué otro modo es inmoral? El hombre es rebajado al nivel del bruto; el castigo ya no es más que el garrotazo dado al perro que os ha mordido; y la prision, la jaula de la hiena enfurecida. En vez de ser una correccion, la pena se convierte en una venganza desprovista de moralidad, que exaspera al culpable y establece entre él y la sociedad un duelo á muerte. ¿No es esto en la práctica del presidio la teoría del código penal? Además, ¿qué resultados! Se afirma que sobre cien presidiarios libres, ochenta vuelven al presidio ó suben al cadalso. Es penoso confesarlo, pero se concibe que debe ser así: *Todo hombre deshonorado y no rehabilitado, será siempre un ser inútil ó peligroso.* Ahora, á la deshonor civil que imprimen los decretos de la justicia al culpable, la permanencia en el presidio, añade una deshonor moral más odiosa todavía y sobre todo más indeleble. *El condenado sale del presidio más perverso que cuando entró en él;* tal es la inexorable sentencia de la opinion pública. Esta sentencia, que la experiencia justifica, hace del presidiario libre un objeto de temor y desconfianza universal. Repelido por todas las jentes honradas, se abandona de nuevo á sus malos instintos, busca la sociedad de sus iguales, y se convierte con ellos en el azote de nuestras ciudades y de nuestros campos. A no ser que se afir-

me que el malvado es incorregible, no es este resultado la condenacion sin recurso del sistema penal seguido en nuestros dias? Sistema materialista y por consiguiente absurdo, que á fuerza de humillacion y de rigor puede extinguir muy bien en el hombre el sentido moral y embrutecer al culpable; pero corregirlo, jamas; rehabilitarlo, mucho ménos. Por eso corregir al malhechor al fin para rehabilitarlo, es el deber de la sociedad, y debe ser el objeto de toda lejislacion humana cuando deja con vida al culpable. Entre el dia en que tomaba estas notas en Tolon y este en que las redacto, se ha operado respecto al sistema penal un feliz cambio en los espíritus. El gobierno puede querer seriamente conseguir el objeto moralizador de que hablamos; el sistema celular alcanza favor; se llama á la religion para dulcificarlo, santificando los rigores de la justicia. Así se quiere que la opinion pública modifique la severa pero justa sentencia que ha estereotipado contra el libertino del presidio; se quiere que este deje de ser un objeto de repulsion. Y cesará de serlo, cuando se haya dejado de despreciarlo y de temerle; y se habrá cesado de despreciarle y temerle, cuando se sepa que ya no es el mismo, *que está convertido* y que ha dado de ello prendas seguras. Todo esto es justo, moral, digno de una nacion civilizada; solo añadiremos que conviene guardarse de destruir con una mano la que se quiere edificar con la otra; y que si importa rehabilitar al culpable, importa mucho más impedir al hombre que llegue á serlo. Así cuando la sociedad haya hecho lo que le es posible en los límites de su organizacion y bajo la influencia de las circunstancias, para prevenir el mal é intimidar al malvado, ella alcanzará, de concierto con la religion, los medios de rehabilitar al culpable; entónces el sistema penal será verdaderamente eficaz, porque

será completo y moral. Entre tanto, será preciso esperar muchos errores.

Relativamente al sistema penitenciario, que se quiere sustituir al presidio, diremos tambien con un hombre nada sospechoso 1: «No olvideis que el réjimen penitenciario ha nacido católico, y que no puede producir dichosos frutos sino permaneciendo fiel á su oríjen.» Sucede en efecto que el cambio de los corazones es privilegio exclusivo de la religion. Si entorpeceis su accion reparadora, todos vuestros esfuerzos serán vanos. Al contrario, dejadla perfectamente libre instruir, consolar y curar, y se puede asegurar el buen éxito. ¿Y por qué no habia de cambiar el corazon de vuestros presidiarios? ¡Ella ha cambiado mucho el del jénero humano, ese gran presidiario que se habia degradado durante dos mil años en el presidio de la idolatría! Llamad, pues, con franqueza á la religion en vuestra ayuda, con sus sacerdotes, sus hermanos, sus hermanas, sus sociedades de caridad, y veremos bien pronto que tiene hoy como en otro tiempo, el poder de hacer de las piedras más brutas, hombres inofensivos, ciudadanos útiles á la tierra, y aun candidatos del cielo.

Salimos del arsenal á las cinco; volvimos á Marsella la noche siguiente; y al otro dia en la mañana, ya estábamos de vuelta en el hotel de Oriente.

#### 11 DE NOVIEMBRE.

El resto del dia fué dedicado á nuestra correspondencia y á nuestros preparativos de marcha. So pena de quebrar con nuestros amigos, era necesario escribirles ántes de dejar la Francia. Al siguiente dia por la mañana, nos hacíamos á la vela para Italia. Nuestros lugares estaban to-

1 Mr. Cerfbeer.

mados en el piróscafo 1 toscano el *Lombardo*.

#### 12 DE NOVIEMBRE.

Navegacion.—Ingles.—Camarote.—Conversacion.

Con un tiempo magnífico, y una compañía numerosa, dejamos el puerto de Marsella como á la mitad del dia. Enviamos nuestro último saludo á Nuestra Señora de la Guardia, cuyo santuario domina á lo léjos el vasto mar que comenzábamos á recorrer. La tripulacion la suplicó nos preservase del soplo del viento de los muertos, peligrosa tormenta que se deja sentir regularmente á principios de Noviembre en el golfo de Génova y de Lyon. Puesto en la parte posterior del buque, con la mirada vuelta hácia la santa colina, el viajero católico siente descender á su alma una gran confianza. ¿Qué podemos temer? se pregunta á sí mismo: allá en la altura reina una dulce Virgen que tiene en sus manos el cetro de los mares. Y por un privilegio que solo á ella pertenece, esta Virgen, mi madre y hermana, tiene el derecho de decir abrazando en su seno á Dios y al hombre: ¡Hijos míos!

Ya léjos de la costa volvimos la vista á la tripulacion, y todo nos anunció que habíamos dejado á la Francia. Cuatro ó cinco voces herian nuestros oídos con sonidos incomprensibles. Extrañas fisonomías pasaban y repasaban á nuestra vista. Al lado de los anchos y redondos rostros de nuestros marinos genoveses y toscanos, tostados por el sol y sombreados por una espesa barba negra, aparecian en gran número rostros pálidos y afilados, coronados la mayor parte con una cabellera de un *blondo sospechoso*. Imposible de engañarse; eran rostros ingleses. ¿En donde no se

1 Barco sin chimenea. (N. del T.)

encuentran los hijos é hijas de Albion? Este pueblo nómade, verdadero judío errante de la civilizacion, se encuentra en todas partes. En paseos, hoteles, monumentos, buques de vapor, sitios pintorescos en Suiza, en Francia, en Italia, todo lo invade, paseando por todas partes su spleen y sembrando sus guineas por todos los caminos del mundo, mientras que sus obreros mueren de hambre á las puertas de sus fábricas cerradas, ó sobre el pavimento de sus solitarios castillos.

Hasta las cinco, la travesía se hizo perfectamente: un buen número de pasajeros comenzaron á sentir los primeros síntomas de mareo. Más feliz que los demás, me libré de él por un malestar que sentia, sin ninguno de los síntomas conocidos. Mientras que la mayor parte de mis compañeros representaban gratuitamente sobre cubierta la escena traji-cómica, yo rezaba tranquilamente en mi breviario en el camarote que nos habian destinado, y cuya descripcion tal vez no carece de interes. Alrededor del gran salon, adornado de brillantes espejos y de incrustados de ebanistería, se veian las puertas corredizas de los camarotes, siete piés de altura, tres de ancho, hé aquí las dimensiones geométricas de cada pieza. Si se os dijera: En este pequeño espacio debe haber de rigor una silla, tres camas, tres clavijeros, tres hombres á los cuales procurareis un corredor, ¿cómo resolveriais la cuestion? Para evitar el trabajo de adivinarlo, lo que seria largo, voy á explicároslo. Sobre la parte exterior de la cámara están fijas tres planchas de pié y medio de anchura, y puestas en forma de gradas, á distancia una de otra de dos piés: cada plancha tiene un colchon de dos pulgadas de espesor cubierto con un paño y terminado por una pequeña almohada, que puede compararse por su blandura á la desnuda piedra sobre la cual descansó Jacob su cabeza en

el desierto. A la cabeza de la primera cama está la silla que sirve de escalon para subir á las camas superiores. Los clavijeros están al extremo del corredor, que quitando la medida de las camas, conserva el ancho de cuarenta y cinco centímetros. En cuanto á las ventanas, es necesario estar acostado para verlas. Así, á vuestro lado se abre una claraboya que os procura el triple gusto de respirar la fresca brisa, de ver la ola que bate los lados del navío, y si estais atacado del mareo, de consolaros sin incomodar á los vecinos. Esta miniatura de habitacion no carece de elegancia; ¿pero de comodidad? Esta es otra cuestion. Además, ¿por qué quejarse? En el mar como en tierra, en los dias de nuestra brillante civilizacion, como en los tiempos más sencillos de los patriarcas ¿no es el hombre un peregrino? ¿no es muy bueno que se acuerde de ello? Por otra parte, acostumbremos nuestro cuerpo al trabajo, seamos sóbrios, tengamos conciencia tranquila y el sueño vendrá á visitarnos, sobre la hamaca balanceada por las olas con más seguridad tal vez que en los mullidos lechos de nuestras habitaciones doradas.

Además, á pesar de la ola que venia á estrellarse á nuestro oido, pocos instantes bastaron para dormirnos profundamente. Como á las cuatro de la mañana, sentí por el vaiven del buque, que el mar estaba fuertemente agitado; subí al puente, á fin de gozar de ese espectáculo tan imponente en sí mismo y tan nuevo para mí. Brillaban las estrellas en el firmamento, reinaba en la tripulacion un gran silencio; los pasajeros dormian; el piloto solo, velaba sobre el timon, fijos los ojos en su brújula; cerca de la proa estaban sentados dos personajes que por su idioma conocí que eran españoles. El uno era un religioso jerónimo, venerable anciano por sus cabellos blancos, por su hábito antiguo,

por su hermosa barba que le caia hasta el pecho, y sobre todo, por la calma y dignidad de su noble figura; el otro era un jóven militar de negra cabellera, de vivos ojos, de brusco continente, de lenguaje seco y breve; ambos desterrados de su patria, iban á esperar mejores dias á Roma, asilo de todos los desgraciados. La conversacion, tomando sucesivamente el carácter de cada interlocutor, era ya grave, ya animada. «Haceis muy mal, decia el anciano, á su jóven amigo, de murmurar contra la Providencia. Su conducta es para con vos misteriosa, bien lo sé, pero debéis saber que los acontecimientos políticos de que somos víctimas, los aparentes desórdenes que os repugnan en las obras del Criador, no son más que los dóciles agentes de su infalible sabiduría. Yo tenia vuestra edad cuando partí para México. Antes de embarcarme, no habia visto Oceano, navíos, marinos, ni maniobras, sino en mis libros. Se levaron anclas al caer la noche. Inmediatamente, hé abí á todos los hombres de la tripulacion en un movimiento perpétuo; sus operaciones tan variadas, tan extraordinarias; el navío mismo que iba ya á derecha, ya á izquierda, segun el impulso de una fuerza que me era desconocida; todo ese espectáculo, del cual no comprendia nada, me sumerjió en un estado de admiracion y de pavor risible. Aun fué peor cuando al despuntar el dia fuimos acometidos por un fuerte temporal. El navío batido por las olas, ya subido, ya bajado, vacilaba como un hombre ebrio y caia ya de lado, ya por la quilla; me creí muerto. Las maniobras de la tripulacion, que hubieran podido darme alguna confianza, acababan de desesperarme; veia á todos aquellos hombres que iban y venian como maniáticos; unos bajaban á la bodega, otros trepaban por las cuerdas, se ponian á caballo sobre las vergas, subian, bajaban, volvian las

velas en todos sentidos, aquellos cerraban las escotillas, tapaban las claraboyas; estos trabajaban en la bomba, y todo esto se hacia en medio de un cambio continuo de gritos, de palabras, de signos, que yo no entendia nada; creí ver la imájen del caos; á mi juicio la tripulacion habia perdido la cabeza y obraba completamente á la casualidad.

«Temblando y desconcerdo, bajé maquinalmente á la cámara del piloto; allí encontré á un anciano de cabeza calva, y fisonomía meditabunda; estaba solo, recogido y pensativo, apoyada la mano en el timon y la vista fija sobre una carta marina: ya le veia yo medir con el cuadrante la altura del sol y marcar con precision los grados del meridiano; ya examinar sobre su brújula la desviacion polar. Por todo el rededor de su cuarto ví suspendidos astrolabios, relojes marinos, telescopios; observé que se servia de todas esas cosas cuyo uso desconocia yo, para la direccion del navío; y tambien advertí que desde su cámara mandaba todas las órdenes á la tripulacion, que las recibia con respetuoso-silencio y corria á ejecutarlas. Comprendí entónces que todas las operaciones, ininteligibles para mí, que se hacian en las diversas partes del buque, estaban preparadas, mandadas y calculadas con sabiduría para la salvacion del buque. Sin embargo, la alta idea que yo tenia de la ciencia y habilidad del piloto, bastó para tranquilizarme plenamente hasta el término de nuestra navegacion.

«Jóven: el mundo es un oceano, la sociedad un navío que Dios conduce; los hombres, sus pasiones, las criaturas, los acontecimientos diversos son los cordajes, los mástiles, las velas, las áncoras, los astrolabios y los marinos de la Providencia. Vos no comprendéis nada en el juego combinado de todos estos instrumentos y temblais; ¿por eso os sorprendeis! Amigo

mio, haced lo que yo, entrad á la cámara del piloto. Al ver á la sabiduría infinita, con la mano sobre el timon, fija la vista en el objeto, y el universo entero sometido á sus leyes, vuestros temores se disiparán os avergonzareis de vuestras murmuraciones y vuestro corazón descansará dulcemente en la confianza y la paz.» El jóven militar levantó los ojos al cielo, inclinó la cabeza y acercó á sus labios la mano del anciano que regó con sus lágrimas, en seguida guardó silencio y se cubrió con su capa.

Esta conversacion, de la que solo pude alcanzar el fin, me conmovió tan vivamente, que me preocupó durante el resto de la travesía.

### 13 DE NOVIEMBRE.

Cocina italiana.—Vista interior de Génova.—Influencia francesa.—Espíritu religioso.—Anécdota.

Eran las once de la mañana; el sol brillaba con todo su esplendor, cuando saludamos á Génova *la soberbia*. Vista por el lado del mar, esta ciudad de mármol ofrece un aspecto magnífico. Descansando sobre un plano inclinado, la segunda reina de la Edad Média, la patria de Colon, baña sus dos piés en el mar y apoya graciosamente su cabeza sobre montañas cubiertas de risueño verdor, coronadas por importantes fortificaciones. Antes de salvar los radios del límite marítimo, se echaron anclas; al punto hé aquí que se vió venir una flota entera de embarcaciones ligeras, destinadas á trasportar á los viajeros á la oficina de policía. Sobre la orilla, cerca de aquel antro de Pluton, estrecho antro, sombrío y enegrecido por el humo, os aguardaban nubes de harpías y de buitres llamados *facchini*, que saltan á vuestra navecilla, se apoderan de vuestros efectos

y van á arrojarlos á los piés del Argos de uniforme, que conviene decirlo en elojio suyo, trastorna sin piedad vuestros bagajes, sin pedir retribucion. Acabada su visita, los cargadores se precipitan de nuevo sobre vuestras maletas y balijas, y mediante una propina, las llevan á los hoteles de su eleccion. A esta batahola, agregad los mozos de las fondas, los criados de hoteles, los ciceroni, los cocheros que se disputan el honor de servirlos, y todo esto, al mismo tiempo y en un lenguaje que no es el de ningun pueblo civilizado. Ya no se sabe á que lado volver la cabeza, y el desgraciado viajero se deja llevar. Precedidos, seguidos, rodeados, yo no sé por cuantas figuras inhumanas llegamos al *hotel de los Extranjeros*.

Acabábamos de sufrir un ayuno de cerca de veinticuatro horas: el aire del mar abre el apetito, estábamos impacientes de hacer conocimiento con la cocina genovesa. Nuestra primera sesion gastronómica en pais extranjero, merece una mención, si no honorífica, al ménos minuciosa. En el centro de una gran pieza cuadrada sin muebles, parduca, entapizada con un viejo armario, se elevaba una mesa cubierta con un tapiz de lana roja, azul y amarilla, sobre el cual habia un mantel en otro tiempo blanco; en él habia tres huevos frescos ó que se dicen tales, diez panes del grueso de un dedo y cuatro pequeños vasos de vidrio que tomamos por saleros. A la vista de este extraño cubierto, nos persuadimos de que habíamos pasado decididamente las fronteras de la Galia transalpina: la naturaleza de los manjares y su preparacion acabaron de convencernos de que estabamos en pais extranjero. Uno de nuestros jóvenes amigos, enemigo jurado de la azúcar de caña ó de betabel toma un poco de polvo blanco que contenian los vasos de vidrio, lo pone en su huevo, creyendo que era sal y come ávi-

damente. Repentinamente, un jesto modelado, acompañado de una risa homérica, traduce el desprecio; la sal era azúcar.

La experiencia nos sirvió, pero no corrigió á nuestro amigo. Acababan de llevar en un ancho platillo, cinco ó seis legumbres, cuya fisonomía dudosa las hizo confundirse con los rábanos. Francisco se apoderó del mas grueso, en el cual hundió vivamente los dientes, ¡desgraciado! habia mordido un *peperon*, especie de pimiento capaz de hacer arder el paladar. Su boca se abrió hasta las orejas y sus labios y lengua como tres resortes que se extienden á la vez, dieron á la planta maldita una despedida, si no la mas culta, al ménos la mas pronta que pueda imaginarse. Contábamos para compensarnos, con una copa que habíamos pedido en buen italiano, pero cuya naturaleza omitimos decir. Hé aquí que viene con gran ceremonia un gran platon cargado de *macaroni* todos impregnados de mantequilla caliente, y de tales dimensiones, que hubiéramos podido comerlos de uno á otro piso. Júzguese de nuestro desengaño. En fin, se sirvió un pescado cocido en agua; para adornar su insipidez, estaba acompañado de un limon seco del cual la mejor prensa hidráulica no hubiera hecho salir una gota de jugo. Tal fué, con peras de Suiza, nuestra primera comida en tierra extraña. Como todas las demas, la medalla de los viajeros tiene su reverso.

La belleza de Génova nos hizo olvidar su mala comida. La *Via Novissima* con pavimento de anchas lozas, dispuestas como cola de águila, limitada por anchas banquetas y embellecida por magníficos palacios, justificaba lo que se ha dicho de Génova, que parece haber sido edificada por un congreso de reyes. En los pórticos de diferentes iglesias, veis suspendidos muchos anillos de las cadenas que formaban el puerto de Pisa, y que los genove-

ses llegaron á romper durante la noche. Están allí como trofeos de esa gloriosa victoria, y como un homenaje rendido por los vencedores al Dios de las batallas. El marino cerrajero que encontró el secreto de romper el obstáculo, tiene grande estimacion en su patria. ¡Honor al pueblo agradecido! El recuerdo, las alabanzas y las recompensas nacionales, estimulan á las bellas acciones, y entre las naciones cristianas, la religion las inmortaliza consagrándolas. Segun la costumbre á la vez conmovedora y sublime, cada año despues de tantos siglos, la poblacion genovesa, se reune en la tumba del humilde marino, y se dice una misa por el descanso de de su alma.

Recorriendo los diversos cuarteles de la ciudad en medio de una multitud de elegantes transeuntes, y de soberbios trenes, dos cosas admira al extranjero: la influencia del espíritu frances y la presencia del espíritu religioso. Nuestras modas reinan como soberanas en las clases elevadas de la sociedad cisalpina. No me sorprendió ménos encontrar jóvenes con el corte de barba á la francesa, largos cabellos, el pantalon con trabilla, puro en la boca, las levitas del corte y los colores del último gusto parisense. Oí hablar frances, bien mal; leia nuestro idioma sobre los rótulos de los almacenes, yo estaba orgulloso y me decia en voz baja: ¡Por qué, ¡ah! se ha de temer que nuestros caros vecinos nos imiten en todo? ¡Por qué ha de temerse en ellos la invasion del espíritu frances? Copiad nuestras modas, estudiad nuestra lengua, nada mejor; pero guardaos de abrazar de nuestras doctrinas, sino solo á beneficio de inventario; sin esto, verterian el veneno en vuestras entrañas. Vuestra sociedad, tomándolo todo, tan feliz y tan pacífica, seria muy pronto presa de horribles convulsiones, y quien sabe si esto ocasionaria una crisis. ¡Cuántas veces es-

ta primera observacion, estos deseos, estos temores, se renovaron en el curso de mi viaje!

La presencia del espíritu religioso en el seno de aquella activa poblacion se revelaba de mil maneras. Todos esos jóvenes elegantes de que he hablado, se paseaban y conversaban familiarmente con eclesiásticos á quienes daban el brazo. Esta feliz fusion del clero y del pueblo, me causó una dulce emocion. La sociedad me parecia en su estado normal, yo la habia visto hasta entónces en un estado violento y enfermizo; el sacerdote en un lado, el laico en el otro, entre ellos un abismo.

No solamente no se teme el contacto con el sacerdote; sino que cada familia tiene á honor contar entre sus miembros un ministro de los altares. Así en la estimacion jeneral, la religion ocupa todavia el rango elevado que le conviene; sus intereses son los de todos; y han sido consagrados para todos. Una circunstancia particular demostró durante nuestra permanencia, esta preciosa disposicion. El rey de Cerdeña, que se manifiesta lleno de benevolencia hácia los genoveses, acababa de mandar disponer grandes trabajos de embellecimiento sobre el muelle: un soberbio pórtico de mármol blanco, debe extenderse sobre los bordes de la mar, y servir de paseo y de almacen: ademas, el plano trazado por los arquitectos, suprimia muchas madonas (imágenes de la Virgen Santísima) en las cuales tenian los genoveses una gran confianza. Este proyecto habia alarmado á toda la poblacion; se habian reunido los principales habitantes y se habia encomendado el negocio al rey mismo que se encontraba en Génova. Este príncipe mandó, contra el voto de los arquitectos, que se respetaran las imágenes. "Yo no permitiré nunca que se sacrifique una idea religiosa á una línea rec-